

riedades dialectales. Además de las aportaciones técnicas de Cerrón Palomino, este artículo ofrece una manera de enfocar el problema de la enseñanza del castellano.

Conocer realmente la lengua materna del alumno a quien enseñamos; saber qué es lo que el hablante de la lengua que estudiamos en verdad quiere; considerar que los individuos de la comunidad tienen derecho a conocer su propia situación, a decidirla incluso; poner al descubierto una problemática real sin pretender incorporar los resultados de la investigación a hipótesis previamente elaboradas: éstas son, entre otras, las intenciones de los autores del libro *El Reto del Multilingüismo en el Perú*, llevadas a la práctica con excelentes resultados en sus investigaciones. Buen ejemplo para aquellos que quieren considerar algo más que objeto de estudio a los individuos de las comunidades en las que trabajan.

María Cortina

LA LINGÜÍSTICA Y LAS IDEOLOGÍAS.

En el año de 1978, la Sociedad Italiana de Lingüística consagró su Congreso —reunido en Cosenza— a los “supuestos ideológicos” previos de la investigación lingüística, que tuvo contribución nutrida, variada e importante.

En la reunión de Cosenza destacaron la comunicación de C. Tolenti sobre el estatuto lingüístico de las ideologías y las ideologías de la investigación lingüística, así como el importante intento de deslinde que realizaron Borutti y Prandl para tratar de determinar si la ideología sería una enfermedad del sujeto o una

condición del discurso. C. Galli Sobrero, por su parte, decidió ejemplificar con la historia de la Unión Soviética su tema más amplio, referente a la ideología del contenido y de la forma, en tanto que P. Leonardi exploraba la autonomía de lo lingüístico.

S. Tagliagambe se ocupó, durante el Congreso de Cosenza, de la relación entre el pensamiento y el lenguaje, y Sanga —en proximidad a él—, de esta misma relación, pero vista (más particularmente) a la luz de una lingüística materialista.

Luigi Rosiello dedicó detenida consideración al estudio de la universalidad histórica y la universalidad lógica. Ponzio hizo alusión a los supuestos ideológicos de la teoría saussuriana —por una parte— y de la teoría chomskiana —por la otra. Drumbi hizo una aportación histórica al examinar una interpretación pragmática de la lengua, que se produjo a fines del siglo XVIII, e intentó una valoración de sus premisas gnosológicas. Renata Macchia entregó otra sobre la lingüística en la gran *Encyclopédie*, y se refirió, más particularmente, a la teoría de las relaciones de Diderot. A su vez, N. Pennisi examinó la teoría y la historia de la lengua que desarrolló Benvenuto Terracini, tanto desde el ángulo de la sociología geolingüística, como en términos de un culturalismo idealista.

Parisi y Castelfranchi exploraron en Cosenza las tendencias recientes en la investigación lingüística y P.A.M. Seuren se refirió a la reorientación metodológica de la disciplina.

D. Gambarara se propuso un problema central para la lingüística: el de la construcción de su objeto; el de las relaciones que —en función del mismo— se establecen entre ésta y otras disciplinas. Antonelli —en una

referencia más concreta— se ocupó del acto lingüístico y —más particularmente, dentro del mismo— a la actividad referencial.

Ludovico aludió a algunas de las bases biológicas del comportamiento lingüístico; Barbiani relacionó la forma en que ciertos aspectos de la comunicación son enfocados por la lingüística con la manera en que esos mismos aspectos son estudiados por el psicoanálisis y C. Marrone puso de relieve cuáles son los presupuestos metodológicos de estudio de la “comunicación visual”.

En su comunicación, Talenti comienza por reconocer que hay muchos modos de concebir la “ideología”; que, en mayoría, proceden éstos del marxismo (aunque el sociólogo tendría que señalar que, en este campo, no se puede olvidar ni a Scheler, ni a Mannheim, ni a Pareto, ni a Merton). De entre esas múltiples formas de concebir la ideología destacarían tres principales: 1] la que la considera como simple super-estructura; 2] la que la acusa de ser una falsa conciencia y 3] aquella de acuerdo con la cual la ideología sería el componente principal del control social. Aunque él mismo reconoce que el último quizás sea el enfoque menos negativo (lo que no nos parece tanto, pues la primera de las acepciones que él menciona parece más neutra), acepta que el debate sobre las ideologías adquiere significación en un proceso de “desmitización y desmistificación de la cultura y de las culturas”.

El problema es suficientemente general y de proporciones suficientemente amplias como para que se le desestime, se le relegue o se le descuide; hasta las más rigurosas disciplinas científicas tienen que volverse sobre sí para “arreglar cuentas consigo mismas en un debate especí-

fico sobre sus propios pre-supuestos ideológicos y sobre las formas variadas en que todas contribuyen al control social”. O sea, que contra lo que quisieran los tecnócratas, y quienes creen que mediante “ciencia y tecnología” pueden apresurar el crepúsculo de las ideologías, es en este momento (en que se reconoce el uso ineludible que hay que hacer de la ciencia moderna y de la técnica industrial) cuando es preciso alertarse y alertar a los demás en contra de larvados, soterrados o enmascarados supuestos previos —llenos de consecuencias sobre la vida social— de quienes, en cuanto practicantes de esas disciplinas, pretenden hacer creer que las mismas se encuentran por encima del debate ideológico, tienen propósitos meramente altruistas; “neutras” valorativamente, de acuerdo con ciertos enfoques “positivistas” recientes.

El debate se establece, principalmente, entre esos neopositivistas de la epistemología que critican la dialéctica hegeliana o marxista, y los marxistas que denuncian precisamente la falta de neutralidad de la investigación científica y que —además— señalan la forma en que “contribuye a la racionalización del control social”.

Talenti considera que, en la actualidad, se puede considerar que ciertas disciplinas forman una especie de círculo epistemológico, determinado históricamente; pero un círculo que puede ser desmistificante gracias a la colaboración de unas con otras disciplinas. De este círculo formaría parte la lingüística al colaborar interdisciplinariamente con: 1] la lógica, la teoría de la información y la semántica por un lado; 2] la zoosemiótica, la etología, la antropología y la biología, por otro y 3] la psicología, la sociología, la pragmática,

finalmente. Aunque no nos gusta mucho el orden en que Talenti enumera estas diversas disciplinas ni su falta de reconocimiento de la forma en que la semántica se prolonga en la lógica y la pragmática en la sociología, nos parece que el meollo de su concepción es acertado.

No nos resulta claro, tampoco, por qué razón Talenti al referirse a la psicología, a la sociología y a la pragmática (a las que llama "ciencias sociales" cuando más bien podría llamarlas "ciencias conductuales" ya que la psicología si bien predominantemente social tiene también componentes que no son estrictamente sociales, como los biológicos), en último término dice que la colaboración de la lingüística con esas ciencias ha de ser "subordinada". En efecto, él no explica ni por qué ni cómo la interdisciplinariedad que la lingüística establezca con ellas debe ser distinta de la interdisciplinariedad que ella establezca con los otros dos grupos de disciplinas.

Aun cuando en una presentación muy apretada Talenti no logra ser suficientemente diáfano, hay un punto muy importante de su comunicación que conviene considerar más detenidamente, y es el de las relaciones entre los lenguajes sintácticamente bien formados de la lógica y la sintaxis de las lenguas histórico-naturales: el de los procesos que llevan de esas lenguas histórico-naturales a las terminologías sectoriales y la sintaxis del discurso académico; el de la formación de una sintaxis convencionalmente bien formada por apartamiento de las lenguas histórico-naturales, y el uso de esa piedra de toque para verificar "el rigor y la credibilidad del discurso histórico-político y de la argumentación filosófica".

Sin que en ningún momento surja la menor sospecha de que Talenti desprecia esa piedra de toque lógica, es muy importante recoger su reconocimiento de que "el metalenguaje de los lenguajes sintácticamente bien formados reenvía, en último término, a las lenguas histórico-naturales". y —todavía más— que lo hace "precisamente a la función metalingüística que constituye la especificidad de estas últimas respecto a los otros sistemas de señalación o señalación animal o humana". Porque, en efecto, aun cuando a ciertos animales superiores se les llegara a reconocer la capacidad y quizás el uso de una forma de "lenguaje", lo que seguiría distinguiendo al hombre sería su capacidad de *hablar sobre su lenguaje*; de emplear un lenguaje a la segunda (un metalenguaje) y —en esta forma— seguiría siendo distintiva del hombre su posibilidad no sólo de expresar y transmitir información sobre la realidad sino de *criticar* la información obtenida directa e indirectamente; la transmitida a otros, o la que le ha sido transmitida a él mismo.

En este sentido, parece de enorme interés detenerse a considerar la afirmación de Talenti de que "La crítica se hace con la sintaxis de las lenguas histórico-naturales; la ciencia, con los procedimientos de comprobación surgidos de los lenguajes históricamente bien formados".

De otra parte, quizás no sea inoportuno referirse aquí al tema siempre apasionante de "las dos culturas" y de "las dos ciencias" y a una posibilidad que entrevemos de que toda una marcha secular (e incluso milenaria de la civilización occidental) PUEDA estar equivocada, pues hemos sacralizado rebatos como el de que "la ciencia está escrita en lenguaje matemático" y, al hacerlo, estamos sirviendo, sin percatarnos, a una

ideología —respetable como todas, y como todas criticable—, aquella que haría de las ciencias de la naturaleza, tal como se han practicado en Occidente, el modelo de *toda* ciencia, con inclusión de las ciencias de lo humano.

Porque, si en un primer momento —nosotros que, hemos hecho nuestra pequeña aportación a los intentos de una matematización de la sociología— descubrimos una crucifixión del sociólogo (que consiste en que éste tiene que expresar *more geométrico* una realidad esencialmente *drumática*), en un segundo momento nos percatamos de que es éste el camino por el que estamos deshumanizando nuestro conocimiento, y que el polo de atracción de las humanidades del futuro quizá no deberá ser el Número sino el Teatro; que quizás deban ser Brecht e Ibsen y no Pitágoras y Pearson nuestros ángeles guardianes. Con ello llegamos —por otro camino— al convencimiento marxista, de acuerdo con el cual, para entender lo humano, se necesita reconocer que el centro de su realidad está constituido por el conflicto (de clases, preeminentemente, si se quiere coincidir enteramente con él; no sólo de clases, si queremos lograr una perspectiva más amplia).

Si por nuestra parte es a éstas a las conclusiones a las que estamos llegando, en general, en materia científica, no puede extrañar que aplaudamos la comunicación de Talenti al Congreso de Cosenza, en especial cuando, al llegar a su porción final (y en relación específica a la lingüística y ciencias comarcanas) asienta que “La ideología funcionalista y estructuralista que guía un poco toda la investigación lingüística... debe de ser discutida de nuevo para explicar cuánto de ella se le puede atribuir al lenguaje científico, cuánto al

discurso histórico-político y cuánto a la crítica filosófica, pues en el funcionalismo se ocultan o se agitan oposiciones filosóficas fundamentales (como mentalismo y comportamentalismo, idealismo y empirismo, espiritualismo y materialismo...) y se ocultan políticas culturales muy precisas’.

Esto plantea —entre otras cosas— la necesidad de examinar con todo el respeto y la admiración que se le deben, pero sin bobería acrítica, las aportaciones de Levy-Strauss.

Según Borutti y Prandl (quizás influidos por Pareto o algún discípulo suyo) la ideología, en el análisis lingüístico, aparecería como un residuo no analizado que habría que llevar a la conciencia. Pero, ellos piensan —también— que la ideología (en cuanto falsa conciencia del lingüista, capaz de producir una mala epistemología) se puede eliminar de la ciencia, si el investigador (y la comunidad académica que lo rodea) llega a cierta madurez y si no cae en la ingenuidad de creerse libre y de creer que los demás científicos son libres de elegir temas, métodos, enfoques, problemas, planteamientos y esbozos de solución, pues esto sería proceder como si cada investigador careciera de un inconsciente; como si no perteneciera a una clase social; como si no estuviera determinado por una ideología (tomado este término, aquí, en cuanto se trataría de “sistema de ideas”, en términos menos cargados negativamente que cuando se examina su acepción de “falsa conciencia”).

En cambio, a estos dos congresistas de la reunión de Cosenza les parece más interesante encontrar el sitio de inserción exacta de las ideologías en la actividad lingüística, y les parece más fructífero tratar de desarrollar unos instrumentos con los

que pueda analizar las causas, las modalidades y los efectos de esa inserción ideológica en ese sitio particular.

La porción medular de su comunicación señala cómo la *presencia del sujeto* es un aspecto del uso lingüístico que no se puede reducir ni al discurso ni a la lengua. Aquí, las influencias y las conexiones se acumulan. Estos congresistas reconocen la influencia de Benveniste, para quien “el yo, puesto en acción en el discurso, introduce la presencia de la persona, sin la que no hay lenguaje posible”, al tiempo que “el fundamento de la subjetividad está en el ejercicio de la lengua”, y reconocen también la de Althusser, para quien “es en las prácticas discursivas, tal como son seleccionadas por las formaciones ideológicas, en donde los individuos se reconocen como sujetos”. Las conexiones son —también— posibles para quien —por ejemplo— se haya detenido en las páginas que Algirdas Julien Greimas ha consagrado al examen del discurso científico en las ciencias sociales.

Esto se inscribe en una perspectiva más amplia; porque, de entre varios sistemas (el lingüístico y el extralingüístico sin el que no se pueden establecer los significados, *sensu eminentioris*) no hay uno solo que pueda agotar, de por sí, “el lenguaje como hecho social”, y —en cambio— no hay incompatibilidad sino complementariedad de unos con otros sistemas.

Pero, una vez descubierta la centralidad del sujeto, hay que sacar de ella las mayores, las mejores consecuencias. Aquí, la propuesta de estos lingüistas se anuda fácilmente con la del sociólogo sueco Ulf Himmelstrand, quien —en una ponencia al Congreso Mundial de Ciencia Política, reunido en Montreal— desplegaba una analítica muy parecida. Porque ellos

—como él— indican que, para este análisis, es necesario determinar ¿quién habla? ¿desde qué lugar social?, y precisar cuáles son los dispositivos que asignan papeles a locutores e interlocutores (recordamos: “¿‘Vida Humana, Sociedad, Derecho’? un guión que da papeles de héroe y de villano”)*.

Borutti y Prandl avanzan precisando la importancia que tiene definir “cuáles son los dispositivos sociales que constituyen una intersubjetividad y una reciprocidad; cuáles los que permiten e imponen decir (o dejar de decir); cuáles los que señalan la constitución discursiva de los referentes; cuáles los que determinan los supuestos previos de lo que se dice, y cuáles los que dan lugar a estrategias enunciativas que instauran entre los individuos relaciones de colaboración, de dominio o de dependencia”.

Pocas veces —entre lingüistas— hemos encontrado una conciencia tan clara y una mención tan detallada de lo que implica para su estudio el lado social de lenguaje (esa “otra cara de la Luna” ignorada por tanto tiempo). Después, hay una referencia vaga, una mención escueta de cómo este análisis puede hacer aparecer un “teatro de conflictos”. En la imposibilidad de buscar de inmediato mayores aclaraciones, queremos utilizar esta alusión para llevar agua a nuestro molino, porque —en efecto— la ejecución lingüística implica una puesta en escena, y una batalla, con su estrategia y sus tácticas (retóricas o de otro tipo, artificiosas o simplistas, hondamente conscientes

(*) Es una reacción nuestra —irreverente y escéptica— frente al título de un libro del eminente Don Luis Recaséns Siches: ¿“Vida Humana, Sociedad, Derecho”? Pero, ¿si la Vida Humana es una farsa; la Sociedad, un tinglado; el Derecho, un guión que da papeles de héroe y de villano!

o vagamente subconscientes), con sus triunfos y sus derrotas, de tal manera que, si quisiéramos explorar las posibilidades de aproximación sociológica *more dramático* en vez de *more geométrico* (que es lo que ahora nos tienta) quizás deberíamos empezar por analizar la actividad hablante como una representación o ejecución (y así le sacaríamos también juego a la doble categoría *performance competence*, en la que la competencia sería el guión, el libreto o el argumento de la representación). Y, quizás entonces, convendría resucitar el decir de Schelling sobre que “la tragedia es la existencia de dos derechos, de los cuales uno se tiene que sacrificar”.

Gilli Sobrero piensa que puede aportar una ilustración al proceso de influencia de la ideología sobre la ciencia al referirse al desarrollo de la lingüística en la Unión Soviética, pues cree poder afirmar que, en ese país, las orientaciones generales para la investigación son proporcionadas por la política y que, en el caso de la lingüística, las mismas han afectado la estructura misma de la disciplina.

La historia de la lingüística en la Unión Soviética muestra que un primer interés muy vivo por la fonología fue seguido de un cierto desinterés por ella y de una mayor preocupación por la semántica, y que mientras que se ha dejado relegada a la lingüística histórica y comparativa, los estudios de psicología del lenguaje —de acuerdo siempre con su presentación— habrían caído bajo sospecha.

Los desplazamientos en el interés de uno a otro sector de cierta disciplina —en el caso, la lingüística— no los imputa Sobrero a la política como determinante. Sin que lo diga —y quizás sin que conozca directa-

mente el tratado respectivo— parece favorecer una idea de la “causación social” parecida a la de MacIver (en la que, como se recuerda, existe un “factor precipitante”) pues considera que “en este campo, operan varias fuerzas y —dentro de él— cada una de las componentes en juego asumen, poco a poco, intensidades [él habla de ‘pesos y tensiones’] diversas” que —según agrega, para lo que es el tema de su interés especial— “ponen en dificultades la suerte misma de sectores científicos enteros”.

Más específicamente, en la Unión Soviética, las influencias de la ideología imperante se habrían conjugado con ciertos movimientos internos de la propia lingüística, para precisar tanto los contenidos como las formas de conocer de la disciplina. En efecto, se habrían “prescrito o aconsejado aquellos capaces de responder mejor a los intereses del progreso social”. De este modo, le parece que en la Unión Soviética la ideología nunca ha dejado de influir en el desarrollo de la lingüística y que, “en toda ocasión en la que un problema ha disfrutado de los honores de la crónica soviética —aun cuando fuera teórico— nunca se ha tratado —ciertamente— de una cuestión *puramente* (académica) (teórica)”.

A Sobrero le parece que los momentos particularmente significativos de la lingüística en ese país se pueden descubrir si se atiende particularmente a los estudios de la semántica. Conforme él afirma: “Estrechamente entrelazada con las polémicas que han surgido en torno del binomio ‘forma-contenido’, que tuvo en los años veinte uno de sus momentos más interesantes y quizás más fascinadores, la semántica soviética —en sus grandes etapas— ha llevado el peso de toda una vicisitud teórica

cuya trastierra ideológica se encuentra mucho más lejos y la cual es probable que todavía no corresponda al 'pasado'".

Por su parte P. Leonardi señala que la ideología tal vez no se manifieste tan directamente como algunos creen en los resultados obtenidos por la investigación —en donde su interferencia sería demasiado evidente, muy fácil de criticar y de fácil neutralización— sino en otros momentos, previos, puesto que "Hay elecciones ideológicas sobre qué cosa investigar: uno se puede ocupar de sintaxis, dentro de una teoría más o menos formal, o se puede estudiar la educación lingüística". Su anotación es pertinente e importante para la sociología de la ciencia pues, tanto o más que descubrir cuáles son los campos científicos y técnicos (o de ciencia aplicada, más que de ciencia pura) que se exploran en un país y en cierto momento (mensuramiento que puede convertirse en pura apologetica de un régimen) es importante descubrir los que, en ese momento y en ese país *se dejan de explorar*, y las causas, razones o motivos por los que no se les explora. En jerga de lingüista, se sabe que son tan significativos los segmentos sonoros como los silencios contrastantes; que no sólo hay que determinar los fonemas sino que también hay que precisar las junturas o "ceros contrastantes" y que —asimismo si por una o por otra razón se sustituye un fonema por otro (una erre por una ere en la secuencia castellana PERO) cambia fundamentalmente el significado. En forma análoga, que tiene una dimensión *pragmática* enteramente distinta el que en un instituto universitario se estudie la gramática generativa transformacional en sus aspectos más formales a que se tenga una preocupación básica por la

educación lingüística de las minorías culturales y no a la inversa.

Pero —como dice Leonardi— la ideología no sólo interviene en este punto, ya que también hay unas *segundas* elecciones ideológicas cuando, seleccionado ya el objeto de estudio, se prefiere una forma de "impostación" del mismo a otra u otras de las posibles; ya que, conforme a su señalamiento "se puede examinar la habilidad lingüística como un problema de aprender a usar un cierto idioma estándar (único) o bien como el problema de aprender a respetar los *muchos* estándares existentes".

La exploración de Leonardi avanza en un sentido tal que, propiamente, con algún otro de sus ejemplos, "cierra el círculo" o bien abre la posibilidad de una comprensión dialéctica de las interacciones entre la ciencia (lingüística, en este caso) y la política (científica en particular; del poder, genéricamente).

El elemento concadenante puede ser su observación de que se puede construir una teoría (lingüística) sobre el supuesto de que el lenguaje es una facultad innata o, en la alternativa, construir otra basada en la suposición de que el lenguaje es una facultad adquirida porque, a partir de cada una de ellas, se pueden obtener consecuencias de enorme alcance político; porque "el carácter innato del lenguaje puede proponerse para afirmar la igualdad entre los hombres no sólo sobre otras bases sino también sobre ésta; pero también se puede volver a proponer para *establecer* [Leonardi parece tener el propósito de usar el término en el sentido en que se usa recientemente el inglés *establishment*] un determinado lenguaje [o idioma] como innato y calificar como menores lingüísticos [someter a la condición de minorías sociopolíticas, diría el sociólogo] a

quienes no posean por completo esa facultad”.

Rebasados estos niveles muy concretos, Leonardi explora los problemas de concepción de la ideología más que como falsa conciencia como límite (otra de sus acepciones); como límite, como punto de partida (metateórico, diríamos, más que “metafísico” que es como él dice) “para conocer [organizar] la realidad”. En último término, según él mismo reconoce “este último punto rebaja el discurso sobre la autonomía de lo científico [para nosotros, de lo lingüístico] para convertirse en una discusión de lo científico mismo”.

Tagliagambe y Sanga no fueron —por desgracia— tan categóricos como sus otros compañeros congresistas en la explicación de sus centros de interés —que nos parecen de gran importancia. El primero de estos estudiosos considera que entre el pensamiento y el lenguaje hay unas relaciones dialécticas que hay que explicitar y explicar, y que las mismas pueden y deben estudiarse con base en las aportaciones hegelianas, tal y como se ha hecho en “Pensiero e linguaggio nella dialettica Hegeliana” (*Critica marxista*, núm. 2, 1977) ya que este estudio “obviamente revierte sobre los aspectos ideológicos del problema”. El segundo de los autores mencionados, al desarrollar algunas de las ideas expuestas por él mismo en “Il dialetto. Appunti di linguistica materialista” (*Rivista italiana di dialettologia* I, 1977) señala la necesidad: de hacer observaciones sobre el estatuto teórico de la lengua; de analizar la posición de la misma con referencia a las relaciones estructo-supraestructurales; de hacerlo con los conceptos de “clase” y de “formación económico-social”, precisando vínculos entre la lengua y la clase social [que, según le parece, se

sitúa en el nivel de los registros sociolingüísticos (en el uso) y no en el de los sistemas lingüísticos (en la estructura)], y la de poner la relación social como fundamento de la lengua.

La aportación de Luigi Rosiello vuelve a revelar la tensión permanente entre la lógica (que se querría atemporal) y la lingüística (que se quería precisamente fechada y situada). Esa tensión se manifestaría incluso en el nivel de los universales, pues en tanto habría, por un lado, una universalidad *histórica* (inductible a partir de los datos registrados por la observación de las lenguas “naturales”, a las que Kolmev denomina “lenguajes étnicos” y que nosotros preferimos reconocer, en su variedad, como *idiomas*); por el otro lado habría una universalidad *lógica* (tal vez deductible, resultado de la razón que raciocina sobre sí misma).

De acuerdo con Rosiello, ha habido una confusión casi continua entre la teoría lingüística de pretensiones universales y la teoría de los universales lingüísticos (que sería distinta de ella). Esta confusión fue propiciada, aparentemente, por la primacía que los estudios escolásticos le otorgaron al latín sobre las otras lenguas, lo que hacía del propio latín LA lengua por antonomasia, ya que —de este modo— la teoría que se elaborara sobre él —se pensaba— debía tener validez universal, y se referiría —en consecuencia— a universales lingüísticos.

Sin embargo, la falla no es sólo del pasado, ya que (como apunta Rosiello) con el generativismo lingüístico, “se tiende, de nuevo, a hacer coincidir la teoría lingüística con la teoría de los universales, en cuanto el generativismo está movido por la exigencia de construir una teoría formal de la estructura del lenguaje

que utilice los aparatos formales de la lógica matemática”.

En la aproximación de lo pasado a lo presente, Rosiello descubre el mismo componente ideológico “que mueve tal propuesta y que no es muy diferente de aquella de la que partía la gramática especulativa, filosófica o general: la función de comunicación universal asignada a una lengua determinada [idioma], en un determinado contexto histórico”; o sea, la función comunicativa general asignada al latín, en la época de la “gramática general” de Port Royal; al inglés (tras el relevo que correspondió al francés en la época de hegemonía setecentescas), en la época de Chomsky.

Conforme asienta Rosiello,

El modelo del que parte Chomsky es —seguramente— formal, y el procedimiento es aquel, correctamente deductivo, que antes del generativismo se aplicaba únicamente a las lenguas artificiales. Pero, *en el paso de la aplicación a los lenguajes naturales* (subraya OUV) (que es el mérito indiscutible de Chomsky) *no se llegan a elegir diversos “tipos” estructurales, relativamente abstractos, de lenguas histórico-naturales*, sino que se asume, de inmediato, la gramática de la lengua inglesa como aquella que, *en forma privilegiada*, puede garantizar la esfera de aplicabilidad de la teoría formal que —por definición— tiene carácter de universalidad.

Rosiello es muy cauto en cuanto a imputarle a Chomsky una ingenuidad o una malevolencia ideológica y también, en cuanto a llegar al extremo de los críticos ingenuos o de los ingenuos criticones que creen que, por haber descubierto las raíces ideológicas de un pensamiento ya tienen derecho a infirmarlo automáticamente.

En cambio, sabe sacar partido de su observación en un sentido aleccionador para quien practica la sociología de la ciencia, puesto que

una operación científica del tipo de la conducida por Chomsky (aplicación de la teoría lógico-formal y, por tanto, universal, al análisis de las lenguas naturales) no se podría producir sino en un país en el que el desarrollo de las fuerzas productivas le asigna, aun a la lengua, una función de imperialismo cultural.

Y, para apoyar su dicho, recurre también al de Martinet, para quien, “cuando los generativistas americanos plantean que todo enunciado comporta necesariamente el sujeto-predicado, toman simplemente el relevo del imperialismo greco-latino para imponer el imperialismo lingüístico del inglés”.

Por otra parte, Rosiello encuentra criticable la identificación entre el “hablante nativo” y el “hablante investigador” (casi, diríamos, parafraseando al Rey-Sol, “la lengua soy yo”, ya que esto conduce a un grosero subjetivismo en lingüística y lleva al extremo prácticas de la lingüística tradicional contra las que la sociolingüística (apoyada en la sociología y en las aplicaciones de la estadística a la sociología), ha luchado ya vigorosamente.

Rosiello ha visto bien: tal vez no se pueda pensar en esfuerzos como el ciclópeo emprendido por Morris Swadesh y financiado por la Universidad Nacional Autónoma de México (perforación de los datos de decenas o centenares de lenguas, análisis por computadora, etc.) de los que —por lo menos nosotros— ignoramos el destino, sea de materiales, sea de los resultados provisionales; pero sí puede y debe pensarse en términos de aplicación de unas tipologías cada

vez más afinadas (alguno de los miembros de la nueva Escuela Lingüística de Praga ha explorado el tema) para determinar unos pocos tipos básicos de lengua, examinar un representante excelente de por lo menos cada uno de esos tipos, y —por inducción— llegar a determinar algunos universales, o algunos cuasi-universales, de la especie de los explorados por Greenberg (ese lingüista tan capaz para lanzar sondas afortunadas en el espacio académico y tan poco afortunado en encontrar discípulos capaces de beneficiarse de tales sondeos).

Ponzio también se propone —en concreto— descubrir algunos presupuestos ideológicos de las teorías lingüísticas y, más destacadamente, los de la chomskiana y, también, los de la saussuriana. Para él un esfuerzo por dilucidar las “elecciones pre-teóricas” de la investigación es de enorme importancia porque es a través de ellas como se pueden encontrar las vinculaciones entre orientaciones diversas, enfoques diferentes, campos y disciplinas distintas. Nosotros diríamos, a la luz de sus observaciones, que —de este modo— es sólo si se investigan las raíces ideológicas de las diversas disciplinas como se puede plantear la posibilidad de que todas ellas colaboren con fruto. Sólo así se puede conseguir la interdisciplinariedad tan buscada; hasta ahora tan difícil de conseguir, tan poco fructífera cuando se la consigue, de frutos tan poco satisfactorios cuando llega a dar fruto. Porque —en efecto— la observación de Ponzio nos hace superar el nivel que habíamos alcanzado en nuestras observaciones en este terreno en cuanto a que la interdisciplinariedad planteaba inicialmente un problema de traducción (del lenguaje de unas a otras disciplinas); por-

que el problema es más hondo; porque no es escuetamente lingüístico; porque es semiológico, y lo es —más propiamente— a lo largo de la dimensión sociológica de la semiología: la dimensión pragmática que nosotros hemos identificado (sobre todo) con el examen de las ideologías.

Los “supuestos pre-teóricos” con lo que la convocatoria de la Sociología Italiana de Lingüística identificó a las ideologías proceden —de acuerdo con Ponzio— de muchas direcciones distintas y, diríamos, también, de muchos niveles diferentes pues “a veces se toman en préstamo no sólo del ámbito de la ‘ideología cotidiana’, del ‘sentido común’, de las ideas dominantes en un determinado contexto social, sino que también se las extrapola desde los sectores específicos de la investigación científica, y después se las absolutiza, y se las asume como verdades que ya no son susceptibles de verificación y de modificación”. Y resulta muy útil que estas observaciones puedan proceder de alguien menos preocupado que otros por la política porque: por un lado, reenvían al estudio de Gurvitch sobre los niveles de conocimiento (científico y técnico, pero, no menos, folk, y de sentido común y religioso, y filosófico). Y, por otra parte, plantean la duda de hasta qué punto las “ideas dominantes” son las ideas de los grupos dominantes o, en qué otro sentido, a pesar del dominio político de determinados grupos, en ciertas sociedades bien localizadas y precisamente situadas en el tiempo, los grupos dominantes intentan pero no lo gran imponer sus ideas, y su dominio se ve contrapesado por unas ideas dominantes que, a pesar del desvalimiento manifiesto de quienes las sostienen logran hacerse prevalecientes por la acción de los grupos dominados gracias a la inercia de su volu-

men demográfico y gracias —también— a la “inercia de la historia” de la que hablaba Ramiro de Maetzu (aunque ésta pueda parecer una entidad metafísica, pues sólo implica que las sociedades tienden a permanecer en su ser a pesar de todo esfuerzo por cambiarlas, y a seguir su marcha, a pesar de todo esfuerzo por desviarlas).

Ponzio se detiene más en los supuestos preteóricos de la lingüística, acarreados hasta ella desde las otras disciplinas. Como sabe cualquier historiador de la ciencia —en efecto— en un determinado siglo histórico todas las disciplinas se volvieron hacia la física en busca de paradigmas; en otro, prefirieron el modelo que les ofrecía la física y, en otro más, pidieron paradigmas a la psicología. En la sociología, concretamente, hemos tenido modelos mecanicistas, organicistas, psicologistas, o behavioristas más concretamente. Pero también habría que considerar la implicación más amplia de cómo, con el éxito de las aplicaciones prácticas de la ciencia física, todas las ciencias del hombre han tratado de copiar simiescamente los modelos de la ciencia de la naturaleza y como —quizás— por este camino, se han deshumanizado, con consecuencias espantables para la humanidad.

En la presentación de Ponzio, se señala:

Con referencia al tema indicado, las relaciones intercorrientes —en el nivel histórico de desarrollo de la lingüística— entre filología y lingüística; entre las abstracciones necesarias para el estudio de las lenguas extranjeras y de las lenguas muertas, y las abstracciones empleadas en la lingüística general; entre la economía marginalística de la escuela de Losana [Lausanne] y el “método” saussu-

riano; entre la investigación de la biología contemporánea y las tesis biológicas de la lingüística chomskiana; entre los desarrollos de la cibernética y el “cartesianismo” chomskiano.

Ponzio señala la importancia que tiene no sólo revelar la existencia de tales “supuestos preteóricos” idealistas o materialistas, empiristas o racionalistas de las teorías lingüísticas sino, también, evidenciar su proyección social. Como él sintetiza muy bien, se necesita descubrir su génesis en la estructura social y su proyección en la praxis social, ya que los supuestos pre-teóricos de una doctrina lingüística no sólo repercuten en la propia disciplina sino que “salpican” (para usar el término de algunos modelistas de la economía) a las otras disciplinas, y no abarcan sólo el nivel básico sino que afectan los niveles aplicados de las mismas y, por esta vía, o lesionan o benefician a determinados individuos, a determinados agrupamientos, a ciertos grupos, a algunas sociedades humanas, a la humanidad de toda una época de la historia.

J. Drumbi rastrea los supuestos pre-teóricos; pero, más aún, marcha a lo largo de la dimensión pragmática de una teoría ochocentista de la lengua. Trata —así— del pensamiento de Fritz Mauthner quien —en forma sorprendente para su época— reconoció en la lengua un básico elemento convencional, “pues la lengua era para él una especie de *Spiegelregel* o regla de juego”. De ese modo, le resultaba interesante el estudio del habla en cuanto modo de actuar pues, para él “lo que cuenta; lo que tiene realmente significado no es la imagen que evocan una palabra o una cosa, sino las acciones que sugieren, mandan; aquellas con-

tra las que ponen en guardia o aquellas que prohíben”.

Las raíces gnoseológicas del pensamiento de Mauthner las encuentra Drumbl en el pensamiento de Mach, Hertz y Boltzmann para la física; de Steinthal y Wundt para la psicología de los pueblos; de Paul, von der Gebelentz y Schuchardt para la lingüística. Con ellos “se puede ver ésta como una confirmación de la relevancia del cuadro ideológico general dentro del cual nos movemos, para el éxito de la investigación lingüística”. Para el formado en la escuela francesa de sociología, apuntamientos como éstos no pueden menos que suscitar el recuerdo de las metodologías más precisas que dicha escuela puso en práctica en el estudio de los “marcos sociales” (los “marcos sociales de la memoria colectiva”, por ejemplo, en el estudio de Halbwachs) que, en la época contemporánea, Emile Sicard aplicó al enmarcamiento y la explicación sociológica (pragmática si así se quiere) del pensamiento sociológico de Emile Durkheim.

Por su parte, Renata Macchia también tomó un caso histórico para mostrar la influencia de las ideologías en el desarrollo de la lingüística, examinándola a través de las nociones de “significado” y de “orden natural” propuestos por la *Encyclopédie*; de la teoría de la *imitatio natura*; de la noción diderotiana de “jeroglífico” y la noción de “significado” como percepción de relaciones y, también, de la relación entre los diferentes lenguajes (verbal, gestual, pictórico) así como de la asunción diderotiana de la identidad entre arte y lenguaje.

De acuerdo con Parisi y Castelfranchi, es indispensable lo que, en alguna otra de las reuniones de la Sociedad Italiana de Lingüística se

designó como un “modelo escopístico general de comportamiento” [que no sabemos hasta qué punto haya recibido las remotas influencias o la inspiración (al menos) de la “teoría general de la acción” de Talcott Parsons]. Parisi y Castelfranchi reconocen la necesidad de insertar el estudio del lenguaje en el de las diversas formas de comunicación, y la impostación particular que debería de tener tal teoría, de la que

una característica central debería ser, precisamente, utilizar los conceptos escopísticos, para lo cual proponemos un análisis en términos de mecanismos escopísticos, que diferencie las diversas formas de comunicación (y, más particularmente, la verbal de la no verbal y, dentro de la verbal, las diversas manifestaciones de la misma), así como para dar una interpretación del concepto de comprensión.

Seuren, de Nijmegen, comienza por reconocer que la lingüística siempre ha reflejado el espíritu de la época, pues fue: histórica y comparativa, en tiempos del romanticismo histórico; estructuralista, a partir del momento en que las realidades mental y social se consideraron objetos válidos de investigación científica; pero que “no fue sino hasta fines de los cincuenta cuando la lingüística se separó del cerco parroquial y filosóficamente perverso del behaviorismo”, en tanto que sería al buscar un vínculo con la teoría general de la ciencia cuando habrían emergido las aportaciones de Chomsky.

La reformulación de las doctrinas chomskianas hace que Seuren asiente lo siguiente:

El objeto (la competencia lingüística) ha de identificarse como un conjunto de normas sociales integradas.

Los datos, como expresiones o manifestaciones de *actitudes lingüísticas*" (para no hablar de "hechos" sino cuando se trata de algo firmemente establecido, lo cual implica un reconocimiento de la difícil aproximación a una inalcanzable objetividad absoluta) "en vez de ser afirmaciones explícitas de los hablantes han de recogerse durante el comportamiento; durante la ejecución, presentación o representación (*performance*) real".

Debe de recordarse —en esta conexión— que los lingüistas más clarividentes rehúyen actualmente tanto el extremo según el cual habría que aceptar todo lo que el informante dijera *en* su lengua, pero no aquello que dijera *sobre* su lengua, como el otro, de acuerdo con el cual, tendría que aceptarse lo que dijera *sobre* su lengua despreciando el registro y posterior análisis y evaluación de lo que dijese *en* ella.

Por su parte, Seuren corrige la noción chomskiana de los "niveles de adecuación" y propone —en cambio— una noción de "nivel de criterios de eliminación" de las malas teorías. Piensa —también— que, "de acuerdo con estas formulaciones, la lingüística es mucho más directamente relacionable de lo que antes se podía relacionar con ciencias adyacentes como la psicología y la sociología".

N. Pannisi estudia, muy particularmente, la aportación de un lingüista italiano que, en su momento, tuvimos como guía y fuente: Benvenuto Terracini, y cree poder poner de manifiesto que, en la obra de Terracini hubo un íntimo entreveramiento del idealismo y de la geografía lingüística. Este congresista habla —en efecto— del paradigma cultural crociano y de la geografía lingüística de Gilieron como influyentes de la obra de Terracini, que se manifiestan

en el uso de categorías de una u otra procedencia (como las de "armonía", "tradición", "vitalidad"). Pero Pennisi también señala cómo, por debajo de todo, la historia de la lengua que de ahí resulta revela la presencia de los fenómenos de oposición dialectal y, a través de ellos, de perpetuo conflicto cultural y social. Pero, su evaluación es en el sentido de considerar que los intercambios entre los dialectos y la lengua nacional, así como los aportes dialectales a dicha lengua italiana han sido positivos, y cómo "contribuyen a elaborar y enriquecer el patrimonio lingüístico de toda la comunidad". De ahí que él considere ésta como una "concepción democrática de la lengua" que, en el terreno teórico, podría contribuir a la empresa sociolingüística de definición de unas categorías básicas como las de "comunidad lingüística", "cambio lingüístico", "interrelación entre los análisis sincrónico y diacrónico".

Daniel Gambarara se ocupó —en el Congreso de Cosenza— de la construcción del objeto de la lingüística y, desde los primeros renglones de su comunicación dio a entender que esa construcción la entiende él mismo en términos de modelística lógico-matemática, ya que alude, desde luego, a sus "axiomas". Pero, hasta ahora —según él— la axiomática para la construcción del objeto lingüístico, se habría hecho, siempre, tomando como punto de partida unos primitivos axiomas que no habrían sido específicamente lingüísticos. Las diferencias que han surgido entre las diferentes doctrinas lingüísticas habrían gravitado —también— más sobre esos "primitivos" que sobre el mismo desarrollo lingüístico deducido de ellos.

A Gambarara le parece observar que, en los tiempos más recientes, las

diferencias básicas consisten en que mientras unos autores parten de la noción de "signo" (una noción culturalógica, *hasta cierto punto* vitrificada, diríamos nosotros, de acuerdo con las categorías que venimos manejando recientemente), hay otros que toman como punto de partida el concepto de "proceso cognitivo" (sociológico, *desde cierto punto* vivificado) y que "si bien éstos tienen cierta afinidad, han determinado tipos de teoría fuertemente divergentes unos de otros". El hecho de que él hable de afinidad y el que muchos otros hayan supuesto simplemente esa afinidad sin penetrar más en las verdaderas relaciones entre la señalización y el proceso cognitivo nos parece que explica unas discrepancias que no deberían de producirse si se considerara el campo unificado del conocimiento del hombre. Dentro de éste, por grados sucesivos, los procesos se convierten en productos y éstos, a su vez, sirven de punto de partida a nuevos procesos. En estos términos, el signo no es sino el producto de un proceso señalizador. En la misma forma el proceso cognoscitivo desemboca en ese producto que es el conocimiento; éste —a su vez— hay que transmitirlo mediante signos, dentro de una misma red de comunicación (la de los científicos); hay que difundirlo más ampliamente (entre el público en general) mediante cambios de registro (dentro de una comunidad hablante más amplia), y hay que enseñarlo, diacrónicamente (en el paso de una a otra generación).

Pero, el enfoque y el propósito de Gambarara son un tanto distintos de los nuestros ya que, como él mismo afirma en su comunicación, "se propone presentar una breve reseña histórica [a partir de Bloomfield y de Hjelmslev] del puesto atribuido a

la lingüística entre las ciencias [en lo que cabe recordar que Roman Jakobson hizo un ejercicio semejante en el Décimo Congreso Internacional de Lingüistas] para valorar la adecuación, compatibilidad y efectiva incidencia que en la construcción de la teoría lingüística han tenido diferentes construcciones teóricas de otras ciencias".

Por su lado, Antonelli estudia la referencia como acto lingüístico apoyándose en *Speech Acts* de Searle. Y considera, expresamente, que este problema particular es lógico-lingüístico (con lo cual parece confirmar nuestra concepción de unas "ciencias entelequiales", como la lógica, hacia las que se proyectarían las tres vertientes: sintáctica, semántica y pragmática de la semiología, y con las que, en cierto momento, cada una de ellas se soldaría). En particular, en el caso de la doctrina de Searle, lo que hay que sacar es una consecuencia sobre la repercusión que la noción del "lenguaje como acción" tiene sobre el problema de la referencia, en cuanto la misma subsana el descuido en que se tuvo la dimensión pragmática en perjuicio de las otras dos dimensiones signales.

Su conclusión general es como sigue:

La posición de Searle constituye —en definitiva— una confirmación y una verificación de la adquisición fundamental morrisiana, de acuerdo con la cual, el problema del "significado" considera las tres dimensiones de la semiótica en orden de importancia decreciente, a partir de la pragmática, hasta llegar a la sintáctica. Ella demuestra, por tanto, la utilidad de una impostación como la morrisiana en el estudio de los hechos lingüísticos. La teoría lingüística viene a ser deducida, así, de la teoría semiótica,

y a los signos verbales se les llega a ver como subclases de los signos en general.

Barbiani relaciona ciertos aspectos de la comunicación tal y como es estudiada por la lingüística con la manera en que los estudia el psicoanálisis. Se trata —en efecto— de unos mismos procesos comunicativos que se enfocan desde dos perspectivas diferentes. Barbiani considera que el primer momento de la comunicación es el estudiado por los lingüistas y se refiere al intercambio y a la circulación del mensaje; el segundo sería el estudiado por los psicoanalistas, el cual reenvía a la producción de dichos mensajes. Este aspecto apunta hacia la importancia semiológica que puede tener la comunicación en cuanto si bien el canal lingüístico es privilegiado entre los otros hay otros varios que son de naturaleza no verbal, y de ellos son muchos los que se extienden allende lo humano (hacia lo biológico e incluso lo natural en sentido amplio).

Ludovico se refirió en Cosenza a las bases biológicas del comportamiento lingüístico, y comenzó por considerar que la dicotomía saussuriana entre la lengua y el habla se puede precisar al referirla a las funciones corticales superiores y al código genético. Según él, existiría algún paralelismo entre los procesos verbales en sentido estrecho y la organización verbal general de los procesos psíquicos (tal y como han sido estudiados por Luria) y las dos categorías de Saussure de “habla” y “lengua”.

Por otra parte, Ludovico afirma que hay una cierta distinción por establecer en la lengua en cuanto “los procesos cognitivos se desenvuelven desde el modelo (entendido como analógico) hacia el sistema (entendido como metafórico)”. Habría, tam-

bién una estructura genotípica y —por otra parte— una organización fenotípica (de raíz biológica, la una; resultante de componentes ambientales y sociales, la otra).

Su conclusión es en el sentido de que:

Si a la lengua se le entiende como comunicación verbal sistematizada, sólo puede pertenecer al hombre humanamente socializado desde el momento en que la comunicación, aun de tipo oral, entre algunas especies animales —como los simios superiores y los pájaros— no se configura en un sistema y sí en un modelo (lo que ocurre también en el caso de los llamados “muchachos salvajes”) pues esa comunicación *no elabora* —de hecho— *la realidad*, sino que se limita a percibirla.

A lo que agrega, finalmente:

Es en este punto —sostengo— en el que se constituye la lingüística como ciencia posible del lenguaje, de la lengua, y del sistema de la lengua; es decir, de la comunicación verbal y no verbal, pertinente para el ser humano”.

Finalmente C. Marrone, cree encontrar en los experimentos que D. Morris (no Charles) ha realizado con chimpancés, una ideología a-histórica; contraponen a las conclusiones de éstas de Gombrich y Maltese que, indirectamente, la refutan ya que estos dos historiadores del arte tratan de aislar, en la comunicación visual, el código “artístico” y situar dentro de éste la componente histórica. Marrone señala cómo una postura como la de D. Morris supondría la heredabilidad y herencia de los caracteres adquiridos y la transmisión, por vías genéticas, de las tradiciones cul-

turales (que la ciencia biológica rechaza).

Desde su punto de vista, todos los demás códigos de comunicación se basan en el lingüístico, que es "el primer modo sistemático de comunicación entre humanos" y, por ello, es indispensable buscar la intersección de los diversos códigos dentro del ámbito semiológico. La importancia del lenguaje como base para toda forma de comunicación humana resalta cuando se considera el fracaso casi seguro que espera a la sonda espacial *Pioneer* como mensaje para posibles receptores extraterrestres, pues "cuando faltan los pre-supuestos

históricos, se pierde toda posibilidad de comunicación efectiva".

Finalmente, Barbani aborda el tema de los pre-supuestos ideológicos en el análisis de los lenguajes científicos y refiere su problemática —más especialmente— a las ciencias físicas y a las matemáticas, aun cuando también se refiere a los esquemas psicológicos de tipo mentalista, y, en términos temporales, a la cultura de los dos siglos precedentes (o como gustan decir los italianos, del ochocientos y del novecientos).

Oscar Uribe Villegas